

creído más eficaces y la curación total observada en este caso sin recurrir para nada a los injertos de hipófisis ni otras medicaciones más complicadas—siempre ineficaces—hacen pensar al que suscribe que en la curación de esta enferma ha intervenido un factor distinto al normal y que por la manera prodigiosa de haber curado sólo un milagro hay podido hacer tan maravillosa curación.. »

Y para que conste firmo éste en Granada a dos de Junio de mil novecientos cincuenta y uno. Firmado.—Dr. Miguel Sánchez Ruiz.

Este certificado cuyo original obra en poder del Sr. Cura Párroco Arcipreste de Huércal-Overa ha sido entregado por la familia de la citada enferma ya que según ellos la mayoría empezó cuando encomendaron al «Santo cura Valera» la curación de la enferma.

Otro hecho milagroso atribuido al Santo Cura Valera es el siguiente:

Francisco López García, de 26 años de edad, natural de ésta, hijo de José López Egea y de Francisca García Molina, casado con Marcelina Cano Reche y domiciliado en el Bobar, cortijo de Don Pedro Alarcón, se sintió enfermo del vientre con grandes y horribles dolores. Lo consultó a los médicos de ésta Don José Molina Mena y Don José Sánchez Pérez y de ellos opinaron que con toda certeza había que trasladarlo a Almería, para operarlo, pues según el parecer de ellos, tenía declarada la peritonitis.

Así se hizo, ingresó en el Hospital a los seis días de comenzar los dolores y los médicos de aquel establecimiento no se atrevieron a operarlo por su gravedad y le estuvieron tratando a base de sueros y de hielo, cosa que nada mejoró al enfermo y que en

vista de que la gravedad se acentuaba por momentos, éste quiso que le trasladasen a Huércal-Overa porque él quería morir en su pueblo y en su casa, como él mismo manifiesta.

Al llegar a ésta y en este estado tan desesperado la señora de Don Pedro Alarcón, Doña Adela Mena Ferrer con una fe tan grande como tiene en la Santidad del Santo Cura Valera le impuso la reliquia de éste aconsejando al enfermo y a sus familiares que invocaran su protección y su ayuda delante del Señor ya que en lo humano se había perdido toda esperanza.

Se hizo una última tentativa. Requirieron al médico Don Diego Parra que anteriormente no le había visitado y reconociéndole opinó lo mismo que sus compañeros, que sólo la operación y la intervención divina le podían salvar.

Le llevaron al Hospital de Lorca donde le internaron y de nuevo fue reconocido por Don José Luis Martínez que pudo apreciar el estado de suma gravedad. No se decidía a operarle porque juzgaba que no saldría de la operación. Ante el dolor tan agudo del enfermo y temiendo que éste muera de un momento a otro, pues eran veintidós días los que el enfermo llevaba con la peritonitis y sin regirle el vientre, echándose en manos de la Divina Providencia, «Sea lo que Dios quiera», fueron sus palabras, le operó, encontrando el intestino completamente atrofiado y seco, que sólo por un milagro pudo estar viviendo.

Fue maravillosa la mejoría que desde éste momento sintió, y a los ocho días me saludaba en la Iglesia donde había ido a dar gracias a Dios y a visitar la sepultura donde yacían los restos del Santo Cura Valera a cuya intercesión juzga él y todas las personas que han conocido el caso, que se debe su curación.

Antonio Tormo

El Sastre del Cura

Vivía a las espaldas de la casa curato un sastre que quería con toda su alma al señor Cura. Frecuentaba el sastre la casa del parroquial, y reponía con su trabajo el pobre vestuario de su vecino en las muchas ocasiones que éste había socorrido algún pobre con sus propias prendas.

El Cura Valera apreciaba mucho al sastre y se servía de él para algunos recados llamando al buen camino a algún descarriado del campo.

El Cura reprendía bondadosamente los defectillos del buen hombre, y éste le repetía muchas veces:

—Cuando Vd. se muera, lléveme Vd. por delante, que no sabría vivir sin Vd.

Andando el tiempo el sastre se marchó a vivir a doce kilómetros del pueblo. Poco después el Cura Valera enfermó acudiendo con frecuencia su antiguo vecino a interesarse por su salud.

Un día el Cura le dijo al sastre que le velaba a la cabecera de la cama:

—Confiesa mañana, pero una confesión lo mejor posible.

Confesó el sastre como le dijo el cura y al atardecer volvió a su cortijo y se acostó rogando a su mujer que lo llamara de medianoche para volver con el Párroco.

Cuando le llamó la mujer se encontró que estaba muerto. Aquella misma noche a las diez también había muerto el Cura Valera.

Antonio Giménez